



La verdadera renovación no comienza en Roma, ni en los obispos, ni en los sacerdotes... comienza en el corazón de cada bautizado

Vivimos tiempos convulsos para la Iglesia. Basta abrir cualquier periódico o recorrer unos minutos las redes sociales para encontrarnos con noticias sobre crisis vocacionales, escándalos, divisiones internas, pérdida de la práctica religiosa, secularización, indiferencia hacia Dios y un mundo que parece caminar cada vez más deprisa hacia una cultura donde Cristo ocupa un lugar secundario.

Muchos católicos contemplan esta situación con tristeza. Otros con indignación. Algunos incluso con desesperanza.

Y entonces surge una pregunta que resuena constantemente:

¿Qué necesita la Iglesia para volver a florecer?

Las respuestas suelen apuntar siempre hacia arriba.

«Necesitamos mejores obispos.»

«Necesitamos mejores sacerdotes.»

«Necesitamos mejores catequesis.»

«Necesitamos mejores documentos.»

«Necesitamos una reforma litúrgica.»

«Necesitamos volver a la Tradición.»

Todo eso puede contener parte de verdad.

Pero existe una realidad mucho más profunda que con frecuencia olvidamos.

La reforma auténtica de la Iglesia nunca comenzó desde las estructuras. Siempre comenzó desde los santos.

Y esa es una diferencia enorme.



Porque es mucho más sencillo intentar cambiar la Iglesia... que dejar que Dios nos cambie a nosotros.

La Iglesia siempre está necesitada de reforma

Existe una expresión latina utilizada desde hace siglos:

Ecclesia semper reformanda.

Literalmente significa:

«La Iglesia siempre debe reformarse.»

Sin embargo, esta frase ha sido muchas veces malinterpretada.

No significa que la Iglesia tenga que reinventar constantemente su doctrina.

No significa adaptar el Evangelio al mundo.

No significa modificar la verdad revelada para hacerla más aceptable.

La Iglesia no puede reformar aquello que Cristo instituyó.

Lo que necesita reforma permanente somos nosotros.

La Iglesia es santa porque su Cabeza es Cristo.

Son santos sus sacramentos.

Es santa la doctrina revelada.

Es santa la Eucaristía.

Pero los miembros de la Iglesia seguimos siendo pecadores.

Y ahí aparece la necesidad constante de conversión.



Como enseñaba el Concilio Vaticano II:

«*La Iglesia, que encierra pecadores en su propio seno, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación.*»

Esta afirmación resume perfectamente toda la historia del cristianismo.

El gran error de todas las épocas

Cada generación piensa que el principal problema está fuera.

Los primeros cristianos culpaban al Imperio Romano.

En la Edad Media muchos culpaban a los reyes.

Durante la Reforma Protestante unos culpaban al Papa.

En la actualidad unos culpan al Concilio Vaticano II.

Otros culpan al modernismo.

Otros al tradicionalismo.

Otros al secularismo.

Otros a los medios de comunicación.

Pero Cristo nunca comenzó preguntando:

«¿Qué hacen mal los demás?»

Siempre preguntó:

«¿Y tú?»



Porque el Evangelio no empieza reformando instituciones.

Empieza convirtiendo corazones.

La revolución silenciosa del Evangelio

Jesús jamás organizó una revolución política.

Jamás levantó un ejército.

Jamás conquistó Jerusalén.

Jamás ocupó el Sanedrín.

Sin embargo, transformó el mundo entero.

¿Cómo?

Cambiando personas.

Uno a uno.

Pedro.

Juan.

María Magdalena.

Zaqueo.

La Samaritana.

Nicodemo.

Mateo.

Doce hombres cambiados por la gracia terminaron cambiando la historia.



La Iglesia continúa funcionando exactamente igual.

No necesita primero edificios.

Ni dinero.

Ni influencia.

Necesita santos.

La reforma comienza cuando dejo de mirar a los demás

Existe una tentación muy frecuente entre los católicos comprometidos.

Observar constantemente los errores ajenos.

Este sacerdote celebra mal.

Aquel obispo habla poco claro.

Ese parroquiano viste mal.

Aquella comunidad hace esto.

Aquella otra hace aquello.

Poco a poco la vida espiritual puede convertirse en una permanente crítica.

Pero el examen de conciencia desaparece.

Y entonces ocurre algo peligroso.

Se lucha por defender la Iglesia...

sin dejar que Cristo gobierne el propio corazón.



La viga y la paja

Jesús fue extremadamente claro.

«¿Por qué miras la mota que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que llevas en el tuyo?» (Mateo 7, 3)

Esta enseñanza sigue siendo revolucionaria.

Cristo no dice que ignoremos el error.

Dice que antes debemos convertirnos nosotros.

Porque solo un corazón humilde puede ayudar verdaderamente al prójimo.

Todos queremos reformadores...

...pero Dios busca santos

La historia demuestra una constante.

Cada vez que la Iglesia atravesó una crisis profunda, Dios respondió levantando santos.

No comisiones.

No estrategias.

No campañas publicitarias.

Santos.



Cuando Europa se hundía moralmente...

apareció San Benito.

Cuando el clero vivía enormes abusos...

surgió San Gregorio VII.

Cuando la Iglesia sufría la división protestante...

aparecieron San Ignacio de Loyola, San Felipe Neri, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Carlos Borromeo y tantos otros.

Cuando la Revolución Francesa intentó destruir el cristianismo...

aparecieron nuevas congregaciones religiosas.

Cuando el siglo XX parecía perder la fe...

Dios regaló innumerables testigos de santidad.

Siempre ocurre igual.

Dios responde a las crisis levantando almas transformadas.

¿Qué significa convertirse realmente?

Muchos identifican la conversión únicamente con abandonar pecados graves.

Pero la tradición espiritual enseña algo mucho más profundo.

Convertirse significa orientar toda la vida hacia Dios.

Es dejar de vivir para uno mismo.

Es permitir que Cristo ocupe el centro.



Es aprender a pensar como Cristo.

A hablar como Cristo.

A amar como Cristo.

A perdonar como Cristo.

A sufrir como Cristo.

A servir como Cristo.

La conversión no es un acontecimiento aislado.

Es un camino que dura toda la vida.

El peligro del activismo religioso

Existe otro riesgo muy actual.

Creer que trabajar mucho para la Iglesia equivale automáticamente a vivir unidos a Dios.

Podemos organizar congresos.

Procesiones.

Conferencias.

Canales de YouTube.

Asociaciones.

Grupos parroquiales.

Y, sin embargo...

descuidar la oración.



Descuidar la confesión.

Descuidar la humildad.

Descuidar la caridad.

Santa Teresa de Jesús advertía que una sola alma verdaderamente unida a Dios hace más bien a la Iglesia que cientos de actividades realizadas sin vida interior.

Porque la eficacia apostólica nace de la gracia.

No del activismo.

La primera reforma: volver a la oración

Toda renovación auténtica comienza aquí.

No existe reforma sin oración.

No existe santidad sin oración.

No existe perseverancia sin oración.

Jesús mismo dedicaba largas horas al diálogo con el Padre.

Si el Hijo de Dios necesitó orar...

¿cómo vamos a prescindir nosotros de ese encuentro?

Una Iglesia que ora permanece viva.

Un cristiano que deja de orar comienza lentamente a enfriarse.



Segunda reforma: volver a los sacramentos

Los santos nunca construyeron su espiritualidad sobre emociones.

La construyeron sobre los sacramentos.

La confesión frecuente.

La Eucaristía.

La adoración.

La penitencia.

La gracia sacramental es la fuerza invisible que sostiene toda reforma interior.

No basta admirar la santidad.

Hay que alimentarla.

Tercera reforma: volver a la familia

La crisis de la Iglesia es inseparable de la crisis de la familia.

Las primeras comunidades cristianas nacieron en hogares.

Los primeros evangelizadores fueron padres y madres.

Las primeras escuelas de santidad fueron las casas.

Hoy muchas familias necesitan recuperar prácticas sencillas:

- rezar juntas;
- bendecir la mesa;
- leer el Evangelio;
- acudir a Misa con fidelidad;



- enseñar el catecismo a los hijos;
- vivir el perdón cotidiano.

Cuando una familia se convierte, toda una generación puede cambiar.

Cuarta reforma: vivir la caridad

A veces identificamos la fidelidad únicamente con defender correctamente la doctrina.

Pero Cristo une siempre verdad y caridad.

La ortodoxia sin amor se convierte en dureza.

El amor sin verdad termina vaciándose de contenido.

La reforma auténtica necesita ambas.

Hablar con claridad.

Y amar profundamente.

La santidad es contagiosa

Existe una realidad fascinante.

El pecado tiene capacidad de extenderse.

Pero la santidad también.

Un sacerdote santo transforma una parroquia.

Una madre santa transforma una familia.

Un joven santo transforma una universidad.



Un empresario santo transforma una empresa.

Un profesor santo transforma generaciones enteras.

La santidad nunca permanece encerrada.

Irradia.

No esperes tiempos mejores

Muchos piensan:

«Cuando la Iglesia mejore...»

«Cuando haya mejores sacerdotes...»

«Cuando cambien las cosas...»

Entonces viviré plenamente mi fe.

Es exactamente al revés.

La Iglesia mejorará cuando nosotros vivamos plenamente nuestra fe.

Dios nunca nos pedirá cuentas por los pecados ajenos.

Sí preguntará qué hicimos con la gracia que recibimos.

El ejemplo de los santos

Todos los santos tuvieron motivos para quejarse de la situación de su tiempo.

Muchos vivieron épocas peores que la nuestra.



Sin embargo...

no dedicaron su vida a lamentarse.

Se dedicaron a amar más.

A rezar más.

A servir más.

A sacrificarse más.

Y precisamente por eso terminaron cambiando la historia.

Una llamada para nuestro tiempo

Vivimos una época extraordinaria.

No porque sea fácil.

Sino porque ofrece enormes oportunidades de santidad.

En un mundo donde reina el ruido...

podemos ofrecer silencio.

Donde reina el odio...

podemos ofrecer perdón.

Donde reina el egoísmo...

podemos ofrecer servicio.

Donde reina la desesperanza...

podemos anunciar a Cristo.



Quizá nunca ocupemos grandes cargos dentro de la Iglesia.

Quizá jamás escribamos libros famosos.

Quizá nadie recuerde nuestro nombre.

Pero si vivimos unidos a Dios...

habremos colaborado realmente en la renovación de la Iglesia.

Porque la historia demuestra que el futuro del cristianismo nunca dependió de las mayorías.

Siempre dependió de minorías profundamente enamoradas de Cristo.

Aplicaciones pastorales para comenzar hoy mismo

La reforma de la Iglesia no es un proyecto abstracto; puede empezar en decisiones concretas de cada día. Algunas prácticas sencillas pueden convertirse en el fundamento de una auténtica renovación espiritual:

- Dedicar cada día un tiempo fijo a la oración personal, aunque solo sean quince minutos.
- Leer y meditar el Evangelio diariamente, preguntándose qué te pide Cristo hoy.
- Acudir al sacramento de la Reconciliación con frecuencia y preparar bien tu examen de conciencia.
- Participar en la Santa Misa con recogimiento, evitando que se convierta en una rutina.
- Rezar por el Papa, los obispos, los sacerdotes y las vocaciones, en lugar de limitarte a criticarlos.
- Practicar una obra concreta de misericordia cada semana, ya sea corporal o espiritual.
- Examinar tus propias actitudes antes de señalar los errores de los demás.
- Buscar la unidad en la verdad, evitando alimentar divisiones innecesarias entre los propios católicos.
- Hacer de tu hogar una pequeña «Iglesia doméstica», donde la oración y la caridad sean el centro de la vida familiar.



Conclusión: el cambio que Dios espera

Es posible que nunca podamos resolver todos los problemas visibles de la Iglesia. No está en nuestras manos acabar con todas las crisis, corregir todos los errores o sanar todas las heridas. Sin embargo, sí está en nuestras manos responder a la gracia de Dios.

La historia de la salvación demuestra que Dios acostumbra a comenzar las grandes transformaciones con personas aparentemente insignificantes, pero totalmente disponibles para Él. Así comenzó con Abraham, con Moisés, con la Virgen María, con los Apóstoles y con tantos santos a lo largo de los siglos.

Por eso, antes de preguntarnos continuamente qué debería cambiar en la Iglesia, conviene escuchar la pregunta que el Señor dirige al corazón de cada discípulo: «**¿Me dejarás transformarte?**»

San Pablo resume esta llamada con palabras de permanente actualidad:

«No os acomodéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de vuestra mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable y lo perfecto.»
(Romanos 12, 2)

Y el salmista eleva una súplica que puede convertirse también en nuestra oración cotidiana:

«Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, renueva en mi interior un espíritu firme.» (Salmo 51, 12)

La Iglesia necesita reformas, sí. Pero la reforma más urgente y decisiva comienza cuando un hombre o una mujer abre de par en par las puertas de su alma a Cristo. Cada confesión bien hecha, cada comunión recibida con fe, cada acto de caridad, cada rosario rezado con



devoción, cada sacrificio ofrecido con amor y cada paso de conversión sincera son ladrillos invisibles con los que Dios sigue edificando su Iglesia.

Quizá el Señor no te pida cambiar el mundo entero. Tal vez solo te pida cambiar tu corazón. Y cuando un corazón se deja conquistar por Cristo, nunca cambia solo una persona: comienza una cadena de gracia que puede alcanzar una familia, una parroquia, una ciudad e incluso generaciones enteras.

La gran reforma que espera la Iglesia no empieza mañana ni depende únicamente de otros.
Empieza hoy. Empieza contigo.